

De la geografía a la arquitectura¹

Julián Esteban Chapapría

Mi intención, sobre los dos personajes que aquí se tratan, es establecer los lazos que les unen en su trabajo y personalidad, que comienzan con su relación familiar y son, en lo intelectual, profundamente estrechos. Leopoldo conoció los escritos y la proyección de su padre, pero Rafael no tuvo tiempo de disfrutar de los de su hijo, lo que produce una relación asimétrica, ya que los estudios de Torres Balbás que más relación tienen con los de Torres Campos son aquellos en los que trabajó a partir de 1940 cuando se interesó por el urbanismo histórico y la geografía española, que comenzaría con el afán de recorrer el país descubriendo el paisaje, las gentes y la arquitectura.

Podría pensarse que el trabajo y las actitudes de ambos son fruto de la maduración del país en unos años de cambios, y en ese proceso debe considerarse fundamental el marco real de posibilidades que les brindó a ambos la Institución Libre de Enseñanza (ILE) en una interacción de estímulo mutuo. Los esfuerzos de la ILE se dirigieron a incardinar la cultura española con la de otros países europeos, y ofrecer a estos lo que aquella podía aportar, con el fin de corregir el atraso que había llevado al país a la decadencia. Ambos protagonistas viajaron por Europa y se relacionaron con colegas de su entorno cultural, especialmente franceses pero también de otros países, lo que les dotó de unos conocimientos poco comunes en la España.

Los objetivos buscados por el proyecto de la ILE eran enraizar la alta cultura en la cultura popular, en contacto con sus manifestaciones más variadas, lo que habría de convertirse en una argamasa para renovar espiritualmente la nación, comenzando por denunciar los defectos del pensamiento imperante en la tradición española. Sin embargo, las resistencias que en esa trayectoria encontraron fueron demasiado duras para que la reforma culminara pacíficamente.

1. ESTEBAN CHAPAPRÍA, J.: *Rafael Torres Campos y Leopoldo Torres Balbás. Una mirada común a la geografía y la arquitectura*. Valencia: Editorial UPV, 2016.

En los dos protagonistas, Torres Campos y Torres Balbás, se aprecian muchas de las virtudes que Giner de los Ríos intentó transmitir a sus discípulos y que resumía, en una *regla de conducta*, que en el conocimiento era: método, rigor lógico, espíritu científico y flexibilidad de criterio. En lo moral: austeridad, desinterés, pureza, justicia, tolerancia... Lo que Giner de los Ríos inculcó a sus discípulos eran éstos quienes debían traducirlo en acción y hechos, multiplicando sus efectos.

*

Torres Campos llega circunstancialmente al mundo de la geografía. El hecho de ser nombrado profesor de esta materia en la Academia de Administración Militar en 1873, año que acaba la carrera de derecho, se convierte en una oportunidad que no desaprovecha. Pero su conocimiento de la Geografía es escaso, tan sólo lo que ha estudiado en el Instituto en Almería y en sus inicios de la carrera de Filosofía y Letras que no ha finalizado. Este bagaje no es suficiente para dar clase con el nivel que desea, y para alcanzarlo se sumerge en la *Geografía Histórico-Militar de España y Portugal de Gómez de Arteche* (1859).

A partir de ahí se empeña en explicar la geografía a su manera. Probablemente, cuando dice... *hasta personas instruidas la consideraban como la más árida y fastidiosa de las ciencias, porque se aprendía mal y se enseñaba peor...* se está refiriendo a su propia experiencia. Pronto revoluciona la enseñanza de esa ciencia: evita la descripción árida y empalagosa, llena de cifras y datos inconexos de regiones caprichosas, y la explica por unidades étnicas, geológicas, climatológicas y estratégicas que le permiten agrupar y explicar racionalmente los hechos, reemplazando la nemotecnia descriptiva por principios de una geografía nueva.

Pero las inquietudes de Torres Campos necesitan más de un campo de acción. Su vinculación a la ILE y su filosofía regeneracionista, anterior a su entrada en el Ejército en 1873, le estimulan a planteamientos en el ámbito de la pedagogía. Cuando en 1878 abandona la Escuela de Administración Militar de Ávila y se traslada a Madrid, puede dedicarse a impartir clases de Geografía en la ILE y otros centros. Como discípulo de Giner, Rafael confiere a la geografía tres misiones en la formación del individuo: contribución al desarrollo de los sentimientos patrióticos y cívicos, ciencia de la tierra y del hombre, y fundamento para el desarrollo de los sentimientos estéticos y morales.

Torres Campos confiere a la geografía tres misiones en la formación del individuo: contribución al desarrollo de los sentimientos patrióticos y cívicos, ciencia de la tierra y del hombre, y fundamento para el desarrollo de los sentimientos estéticos y morales



Rafael Torres Campos, con uniforme militar (Archivo Rafael Torres Márquez).

Respecto a la primera de estas claves, el desarrollo de los sentimientos patrióticos y cívicos, y después de conocer como han reaccionado los franceses al perder la guerra franco-prusiana, se manifiesta en defensa de la enseñanza de la geografía. El desarrollo de los nacionalismos europeos en el siglo XIX obedecía a múltiples factores: la influencia de la revolución francesa, el romanticismo, el descontento de los pequeños propietarios agrícolas y de la naciente clase media... pero corresponde también a los intereses de la ascendiente burguesía. En este sentimiento de nacionalidad, que conlleva la elaboración de la idea de patria, el conocimiento de la historia y la geografía del propio país son indispensables.

El carácter educativo de la geografía proviene de su consideración de que sirve para explicar las interrelaciones hombre-medio físico. Rafael Torres relaciona la geografía con la enseñanza enciclopédica perseguida por la ILE, en la cual la geología debe ser el soporte de la geografía y ambas la explicación de los hechos históricos. En esta ciencia confluyen, para él, los fenómenos naturales y sociales con una dependencia causa-efecto que supone una inflexión determinista en su pensamiento geográfico.

Respecto de la segunda misión, el de disciplina científica que estudia la tierra y el hombre, es algo en lo que Torres Campos va profundizando a partir de los modelos franceses que conoce desde 1878, a pesar de que aprecia las iniciativas que se llevan a cabo en Alemania e Inglaterra. Para la mayoría de los autores se trata de una disciplina práctica, apropiada para suministrar informaciones utilizables. La geografía en el XIX sirve de introducción a una historia política y es enseñada por maestros cuya formación es la de historiadores. Lo que se enseña en Europa es una geografía histórica con la que aprender los descubrimientos del mundo o disponer de un repertorio enciclopédico. Es diferente de la geografía como ciencia natural y social de Humboldt, que no queda en lo descriptivo sino que pretende comprender los fenómenos geográficos, lo que eleva la geografía a rango de ciencia, así es como lo enfoca Torres Campos apoyándose en el gran geógrafo alemán.

El último aspecto por el que interesa a Torres Campos la geografía es su influencia en el desarrollo de la formación estética y moral del individuo. En este sentido cabe recordar sus escritos sobre el mundo de la arquitectura histórica y las excursiones que lleva a cabo con sus alumnos para visitar la arquitectura, escultura y pintura del país y formarlos en estos ámbitos. De ahí su afirmación de que si algún día se desea tener en este país historiadores, arqueólogos y arquitectos formados y capacitados para estudiar las formas de nuestro pasado, debe comenzar por enseñar geografía a los estudiantes de primaria.

Torres Campos solicita su ingreso en la Sociedad Geográfica de Madrid en 1877, donde viene a ocupar el lugar del profesor que investiga los límites disciplinares y que se adentra en otros campos: historia de la geografía, geografía comercial... El salto definitivo llega en 1896, tras el fallecimiento del secretario Martín Ferreiro, que motiva que la Junta Directiva le proponga como secretario general perpetuo. Como tal seguiría hasta su renuncia en 1904.

Dentro de la Sociedad Geográfica de Madrid y desde 1882, Torres Campos presenta ante las Juntas Generales la reseña de tareas y actas dando cuenta de debates, comentarios de conferencias, acuerdos y opiniones... Y es el encargado de la serie de *Memorias anuales acerca de los Progresos geográficos*, que comienza en 1897. El documento no es una memoria superficial, sino un texto detallado en el que se da cuenta de la más reciente bibliografía, la actualidad política en Europa y su expansión colonial y actividades exploratorias en Asia, África, América y Oceanía, lo que le convierten en uno de los geógrafos mejor informados del momento.

Su intensa dedicación a la geografía en el último cuarto de siglo, hace que viva y participe del proceso de institucionalización de esta ciencia en España. El asentamiento de la Geografía en España, paralela a la de otros países europeos, y la aparición de la comunidad científica de los geógrafos, se produce a partir de la segunda mitad del siglo XIX y está relacionada con su presencia en la enseñanza primaria y secundaria en Europa, que obliga a la formación de un profesorado de geografía hasta entonces inexistente.

La aparición de esta comunidad de docentes contaría con el decidido apoyo de gobiernos y de sociedades de geografía, pero hubo que esforzarse en mostrar el carácter específico de su ciencia, definiendo el objeto de la misma y los límites con otras ciencias practicadas por otras comunidades científicas como las de geólogos, historiadores, etnólogos, ecólogos o sociólogos, pero también integrando buena parte de sus conocimientos.

En este sentido es importante la pertenencia de Rafael Torres Campos a la ILE. Primero por su autonomía respecto del poder, y en segundo lugar por integrar en su seno a una larga serie de los científicos más punteros existentes en España como MacPherson en geología, González de Linares en ciencias naturales, Juan Facundo Riaño en arqueología, Bartolomé Cossío en arte, Hermenegildo Giner en literatura, Luis Simarro en Medicina, Velázquez Bosco en arquitectura, además de Torres Campos en geografía.

La década de 1890 puede considerarse como la de la mayoría de edad de la comunidad científica de los geógrafos, reflejada en los Congresos internacionales de Geografía celebrados. Torres Campos acude a los de Berna (1891) y Londres (1895), participando activamente en ellos y dejando constancia escrita de lo que allí se trata a través de las Memorias de la Sociedad Geográfica de Madrid, que son

referentes para conocer la actualidad e inquietudes de los reunidos en ellas. Su intención es asistir también al que se va a celebrar en Estados Unidos en 1904, pero finalmente su salud le hace desistir.

Poco atraído por el mundo de los exploradores o la topografía, la vitalidad intelectual de Torres Campos hace que los campos de acción que le interesen sean diversos: educación, política nacional, ámbito científico, naturaleza... Respecto del primero, la enseñanza de la geografía, debe destacarse su aportación a la pedagogía incorporando los viajes escolares. *Para que la enseñanza de la Geografía sea de cosas, no de palabras y términos repetidos sin comprenderlos, es preciso que el alumno tenga á la vista los tipos y formas á que aquella se refiera, que el maestro los explique sobre el terreno...*, comienza su explicación. De esta manera conocerán los accidentes del terreno y la manera de representarlos. Y lo mejor es comenzar por el entorno inmediato del alumno: la clase, para ir aumentando el ámbito de observación y, cuando los mapas sean familiares a los niños, podrán formar itinerarios y comenzar las excursiones.

Este discurso racional había sido puesto en práctica por la ILE en diciembre de 1878, es decir, poco después de que Rafael volviera de París con la idea de las excursiones. Los alumnos de la escuela primaria visitan el laboratorio de Sanidad Militar con Germán Flórez, y los de secundaria el Museo de Escultura, en el Casón del Buen Retiro, guiados por Cossío. En el verano de 1880 se inician las excursiones llamadas largas, no excluyendo ni a los alumnos menos capacitados ni los que carecen de medios, para los que existe un fondo con donativos y suscripciones.

En el V Congreso Internacional de Ciencias Geográficas, celebrado en 1891 en Berna, Rafael Torres Campos recibe uno de los tres primeros premios por sus trabajos relacionados con los viajes escolares, lo que viene a mostrar el nivel y el reconocimiento internacional alcanzados. Cuatro años después en el VI Congreso, Émile Levasseur pronuncia una conferencia sobre la enseñanza de la Geografía, encargada por el Comité organizador al eminente profesor del Collège de France, tras ella interviene Torres Campos. Levasseur se muestra de acuerdo con quien ya es su amigo, haciendo referencia a su vez a los paseos escolares como medio de completar la enseñanza de la geografía en la primera y segunda enseñanza.

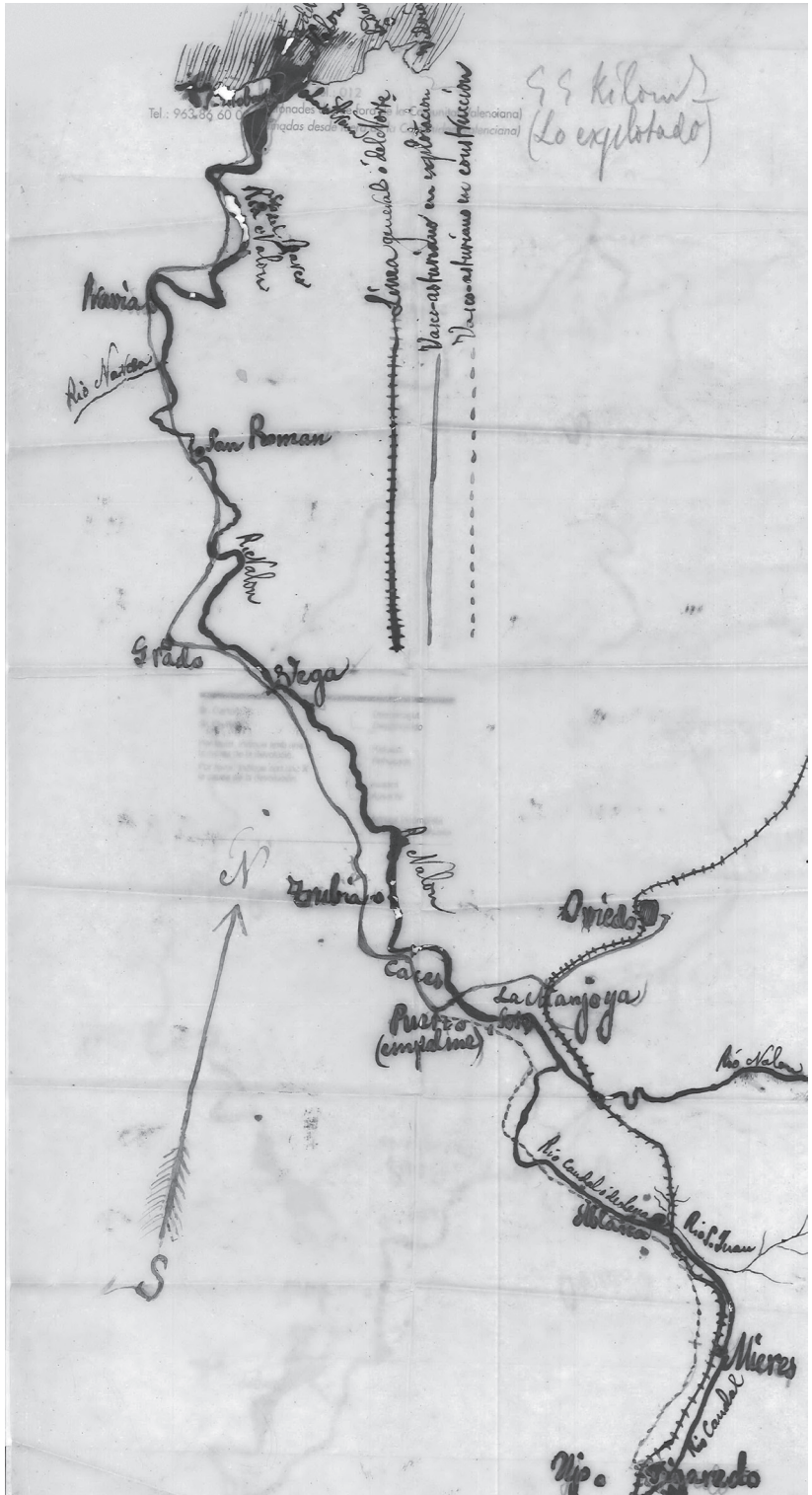
La proyección y prestigio internacional de Torres Campos hace que la editorial francesa Colin, que publica los *Mapas murales de Vidal de la Blache*, contacte con él en 1892 para que adapte estos materiales didácticos a la enseñanza española y americana. Durante meses, Rafael Torres traduce, adapta e introduce información en los mapas de Vidal en un cuidadoso trabajo de edición. Se publican un total de doce cartas murales de Europa, España, Asia, América y Oceanía, y las sucesivas ediciones alcanzan un éxito extraordinario, 27.267 ejemplares vendidos entre 1905 y 1928.

Las conferencias y los cursos especializados son también un camino en el que se adentrará Torres Campos. En la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, durante el curso 1897-98 se asignan dos cátedras a la enseñanza de la Geografía. Una dedicada a la *Geografía analítica*, y otra a los *Problemas políticos de la Geografía moderna*, a cargo de Torres Campos, quien continuará hasta el curso 1902-1903, cuando es elegido para una cátedra ateneísta. En este foro se le escucha tratar sobre el *Reparto de África según los últimos tratados* (1891) o sobre *España en California y en el noroeste de América* (1892).

Con relación a la política colonialista, los geógrafos y las corporaciones geográficas se constituyen en modeladores de la política expansiva y en el principal grupo de presión ante los poderes públicos. Se trata de utilizar el impulso de exteriorización para frenar la decadencia internacional de España y configurar un programa de regeneración interior. Costa, Moret, Torres Campos, Reparaz y Labra sostienen la dificultad de entrar en el concierto internacional desde una situación que carece de fuerzas y recursos. Con los capitales aportados por las colonias se pretende conseguir la anhelada regeneración interior, dado que una vez el país recuperase su pulso vital las nuevas tierras conquistadas servirán como nuevos espacios donde desarrollar las renovadas energías y los excesos de población.

Las nuevas exploraciones, los vínculos entre geografía y comercio y la defensa de los intereses territoriales, son el origen de la creación en 1884 de la Sociedad de Africanistas y Colonialistas, en la que se integra Torres Campos desde la Sociedad Geográfica de Madrid. En esta segunda se piensa que su papel debe ceñirse a cuestiones teóricas y científicas, mientras que la nueva sociedad debe dedicarse a ilustrar y

Con relación a la política colonialista, los geógrafos y las corporaciones geográficas se constituyen en modeladores de la política expansiva y en el principal grupo de presión ante los poderes públicos



agitar la opinión acerca de los problemas de política africana y mover a los poderes públicos a trabajar en este sentido.

En el pensamiento de Torres Campos subyacen los planteamientos krausistas relativos al desarrollo del individuo y el devenir histórico de las naciones y los grupos étnicos. A través de sus escritos es posible conformar un plan sobre la regeneración de nuestro país y entrever las líneas maestras de lo que debía ser la política colonial de España. Para él la Geografía, como instrumento de análisis positivo, es un instrumento de las relaciones del hombre con el medio, informándole del lugar que habita, el grupo al que pertenece y el rumbo a tomar. La ocupación territorial y el contacto con otras culturas y religiones necesitaba de argumentos más elaborados, tanto desde el punto de vista moral como jurídico y de consenso entre las naciones colonizadoras, argumentos que deben tener como base el sentido de la humanidad, armonía y progreso. A su juicio el proceso colonizador es legítimo pero no en todas las circunstancias ni justifica determinados actos y procedimientos.

Los estudios que Torres Campos realiza y publica sobre cuestiones coloniales son de gran interés, como *La campaña contra la esclavitud y los deberes de España en África*, la colonización alemana e inglesa en Zanzíbar y la posible campaña antiesclavista española en Marruecos. En *Los problemas del Mediterráneo* habla de los intereses europeos en Egipto, Túnez y Marruecos, y en *La cuestión de Melilla y El abandono de Río de Oro* en lo que debía ser la política española en África.

Cabe concluir que Rafael Torres Campos fue uno de los geógrafos más completos de su generación, trabajando en múltiples planos de su disciplina. El problema de su temprana desaparición, le impediría progresar por los caminos que se abren en la geografía del siglo xx, pero cabe considerar a su hijo Leopoldo como uno de sus discípulos más destacados, aunque en un ámbito aparentemente ajeno y circunscrito a la historia de la arquitectura y del urbanismo.

*

Trazado del ferrocarril de Oviedo a San Esteban de Pravia que Rafael Torres Campos envía a la editorial Colín en 1904 para su inclusión en los mapas (APAG. Legado Torres Balbás carpeta 26).



*Leopoldo Torres Balbás en 1909
(Archivo Rafael Torres Márquez).*

Torres Balbás, tras unos años de recorrer el país y escribir sobre arquitectura, es designado arquitecto conservador de la Alhambra en 1923, cargo en el que se mantendría hasta 1936, mientras en 1931 gana la cátedra de Historia de la Arquitectura en la escuela de Arquitectura de Madrid. En 1934, cuando ya ha vuelto de Granada a Madrid para ocuparse de la cátedra le propone a García Gómez iniciar en la revista *Al-Andalus* una «Crónica Arqueológica de la España Musulmana», lo que hace hasta el final de su vida.

Pero se da cuenta que los estudios históricos están divididos en compartimentos estancos que tratan de manera

independiente la historia política, artística, económica, social... Por eso acaba reconociendo que *el acontecer humano tiene lugar en un cuadro, en un escenario del que se ha prescindido casi siempre*. Es interesante constatar como, con ese planteamiento, está volviendo la mirada y su interés hacia el trabajo de su padre y las teorías de Vidal de la Blache sobre la geografía regional.

Los esfuerzos de Torres Balbás por evocar los hechos históricos en su ambiente y en sus paisajes geográfico y monumental tienen la firme intención de reconstruir la historia como algo vivo, incluida la emoción humana relacionada con el lugar en el que se ha producido. Y estima que el producto histórico de la civilización se ha desarrollado fundamentalmente en las ciudades, es un fruto urbano, y su atención, de manera progresiva, se vuelca al estudio del urbanismo histórico. Sin embargo, no será hasta los años cincuenta que es capaz de concretar conceptualmente esta preocupación en algunos de sus textos, cuando ya en Francia se ha consolidado el influjo de la escuela de *Annales*.

Las influencias le llegan de su padre y de sus maestros de la ILE. Respecto de su padre reconoce que, siendo adolescente y estudiante de bachillerato, le acompañaba a la Academia de la Historia, donde celebraban sus reuniones los miembros de la Real Sociedad Geográfica, para escuchar aquellas conferencias que le interesaban. Esto, más las excursiones con su familia y las realizadas con Giner, Cossío y Serrano Fatigati, le hace tener un conocimiento directo de la geografía española.

A principios de los años treinta Torres Balbás comienza a escribir sobre elementos urbanos: *Las fuentes de Granada* (1929); *El puente del Cadí y la Puerta de los Panderos, en Granada* (1934); *La puerta de Bibrrambla en Granada* (1936)... La revista *Al Andalus*, a través de la «Crónica...», le permite viajar por temas y círculos cada vez más amplios: *Monteagudo y El Castillejo en la Vega de Murcia* (1934); *La Muela de Agreda (Soria)* (1936); *El despoblado de Casares (Guadalajara)* (1935); *La población musulmana en Valencia en 1238* (1951)... pocas cosas escapaban a su interés, y con ellas acabará asentando un corpus científico, vigente todavía en su mayor parte.

Sus estudios sobre biografías de ciudades es el paso siguiente en su peregrinar hacia la historia del urbanismo. Partiendo de la demografía, las murallas, las alcazabas o las juderías, se adentra en el análisis de Murcia (1934), Badajoz

Su necesidad de contextualizar el objeto de estudio se aprecia en la valoración del paisaje, en el acercamiento desde la geografía y su utilización por el hombre, hasta la realidad urbana y arquitectónica

(1938), Damasco y Granada (1941), Málaga (1952), Ronda (1944), Sevilla (1945), Cáceres (1948), Antequera (1951), Soria (1952), Palma del Río (1955), Madina al-Zahira (1956), Almería (1957), Toledo (1958)... que muestran su inacabable capacidad de trabajo, sus análisis cada vez más trabados y su rigurosidad descriptiva. La historia del urbanismo, de su mano, estaba comenzando a cuajar en España como disciplina.

Su necesidad de contextualizar el objeto de estudio es una aproximación que siempre ha existido en su trabajo, por ejemplo cuando escribe *Las villas castellanas* en 1932. En este texto, de una gran sensibilidad en el que se aprecia su formación institucionista en la valoración del paisaje, realiza un acercamiento desde la geografía y su utilización por el hombre, hasta la realidad urbana y arquitectónica, que le sirve para comprender la realidad de un patrimonio de difícil conservación.

Describe Castilla como una región de pastoreo, donde las villas se sitúan en lugares de fácil defensa, al borde los ríos, en caminos concurridos o en lugares de extraordinaria fertilidad. En el árido e inhóspito campo las aldeas son, por el contrario, agrupaciones de chozas y albergues más de pastores que de agricultores que han dado a Castilla su fama de adustez y pobreza. Las villas, silenciosas y decadentes quedan para el turismo arqueológico.

Hasta su marcha a Granada lo que escribe sobre ciudad y paisaje tiene como sujeto a Castilla. Muestra de ello son los textos que publica en la revista *La Esfera* entre 1921 y 1922, con el título de «Por tierras Castellanas». Esta revista gráfica dedica sus páginas a la publicación de artículos y crónicas de actualidad general, contando entre sus colaboradores a escritores de la talla de Valle Inclán, Pérez Galdós, Ortega Munilla, Pérez de Ayala, Unamuno... Las reflexiones y escritura de Torres Balbás están muy cerca de la visión de su padre, y todavía no han adquirido el tono personal que finalmente adquiriría.

Un cambio en sus investigaciones y publicaciones se produce al llegar a Granada, como se puede apreciar en el artículo «Granada: la ciudad que desaparece». Su preocupación por la conservación o desaparición del patrimonio es interpretada a nivel urbano, y lo es sobre una ciudad de raíz hispanomusulmana, un doble camino en el que va a ir internándose cada vez más. Al lamento por la pérdida de monumentos, cuya desaparición describe desde la ocupa-

ción francesa, se une la de la arquitectura popular. Y esta pérdida se sufre para obtener una fea y acursilada Gran Vía, en una ciudad cuyos habitantes parecen empeñarse desde hace un siglo en borrar todos los recuerdos de su historia, mientras carece de agua potable y alcantarillado moderno, es decir, con peores servicios higiénicos que en 1500.

Las primeras elaboraciones generales sobre urbanismo histórico que Torres Balbás lleva a cabo durante los años cuarenta están motivadas por conferencias o pequeñas publicaciones. Es el caso de «Las ciudades musulmanas y su urbanización» (1942), que publica en *Revista de Estudios de la Vida Local*, editada por el Instituto de Estudios de la Administración Local (IEAL), y también en las revistas *Al Andalus* y *Annales de l'Institut d'Études Orientales*. Participa, además, durante los veranos de 1951 y 1952 en la Universidad de Cádiz en unos cursos sobre cultura andaluza y marroquí impartiendo lecciones sobre este tema.

En los cincuenta aborda y publica las grandes síntesis, ya decantado hacia el urbanismo medieval, y lo que significan en ese contexto las ciudades hispanomusulmanas. Escribe «La Edad Media», que es la parte más extensa del *Resumen histórico del urbanismo en España* (1954); *Algunos aspectos del mudéjarismo urbano medieval* (1954); *Ciudades yermas hispanomusulmanas* (1957); *Ciudades hispanomusulmanas de nueva fundación* (1962); y *Ciudades hispanomusulmanas* (1970).

La primera de las obras, *Resumen histórico del urbanismo en España*, responde a una colaboración con el IEAL. En este Instituto, creado en 1940 y dedicado al estudio, información y difusión de materias relacionadas con el mundo de la administración local, uno de sus puntos fuertes es el urbanismo, que va a verse incrementado a mitad de los años sesenta al crearse en su seno el Centro de Estudios Urbanos y publicarse la revista que luego se llamaría *Ciudad y Territorio*. Cursos como *Metodología del Planeamiento*, impartido por Ridruejo; *Historia del Urbanismo*, por Chueca Goitia; y *Teoría de la Ciudad*, por Terán, van a permitir a un selecto grupo de postgraduados profundizar en la investigación y difusión del urbanismo.

Es difícil, al mencionar al IEAL, eludir la referencia a la francesa École des Hautes Études Urbaines (EHEU), creada en 1919 al socaire de la primera legislación francesa en materia de urbanismo. Esta escuela, que constituye uno de los polos emergentes en la tradición de los estudios urbanos

En los cuarenta, Torres Balbás lleva a cabo las primeras elaboraciones generales sobre urbanismo histórico, en conferencias, pequeñas publicaciones y cursos

En los cincuenta aborda y publica las grandes síntesis, ya decantado hacia el urbanismo medieval y lo que significan en ese contexto las ciudades hispanomusulmanas

en Francia, se transformaría en el Institut d'urbanisme de l'Université de Paris dedicado a la formación de urbanistas. En la introducción a «Ciudades yermas hispanomusulmanas» Torres Balbás, entra en liza en la *querelle* de dos miembros de la EHEU, Poëte y Lavedan, tratando de abrir una nueva vía de discusión con el caso particular de las ciudades muertas en el período medieval en España, caso que no había sido tomado en cuenta por los franceses.

Torres Balbás analiza en la introducción un buen número de ejemplos, señalando que es uno de los capítulos más interesantes y particulares de la historia urbana. Si en la formación y desarrollo de toda aglomeración urbana, sostiene, intervienen factores geográficos, económicos e históricos, estas pueden ser destruidas por causas físicas, pero si se encuentran en óptimas condiciones naturales volverán a resurgir. Por contra, las ciudades accidentales que responden a razones políticas, militares o económicas dependientes del arbitrio humano, o en lenta declinación, quedan reducidas a una existencia apagada, sucumbiendo por la pérdida de su razón vital o son absorbidas por otras inmediatas de mejores condiciones naturales.

El rigor de Torres Balbás le permite distinguir entre dos cuestiones por las que se siente atraído: la ciudad como fenómeno espacial y social y la urbanización como proceso territorial y económico, que afecta a la realidad social. Menos interés tiene, y ello queda reflejado en sus escritos, el urbanismo como práctica ordenadora, aunque no por ello deja de conocerlo en la medida que atenta contra la estratificación de la historia en las ciudades.

*

Hay un estudio en el que se aprecia una cercana sintonía entre el mundo de Torres Balbás y el de Torres Campos, una visión común a la geografía y a la arquitectura en la que se produce el reencuentro del hijo con el padre. En 1933 se publica un libro colectivo, el tomo tercero de *Folklore y costumbres de España* que dirige Carreras Candi, en el que se incluye un estudio de Torres Balbás dedicado a «La vivienda popular en España».

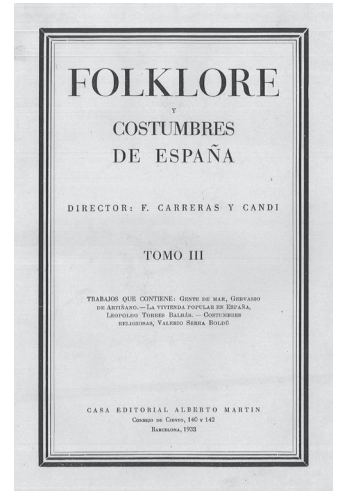
Los antecedentes de esta investigación son varios. En primer lugar, la influencia de Cossío y la preocupación de los institucionistas por el arte popular; y, más directamente, la conferencia sobre las casas montañesas que pronuncia en marzo de 1922 en el Ateneo madrileño, en un ciclo sobre arquitectura regional. Pero también está presente la

memoria que en 1923 prepara para el Ateneo de Madrid, titulada *La arquitectura popular en las distintas regiones de España*.

Donde se descubre la profundidad de esta investigación es en la bibliografía que se va desgranando a pie de página. Torres Balbás parece conocer y citar todo lo que se ha publicado sobre la materia e interesarse por lo que sustenta su argumentación: que el estudio de las viviendas populares no puede separarse del medio físico. Las regiones naturales, cuyo estudio había iniciado pocas décadas antes Vidal de la Blache, son a su juicio las que permiten comprender y estructurar esta arquitectura. Es en la geografía donde se hallan las respuestas.

Junto a este reencuentro, esta visión común a la arquitectura y la geografía, también está presente el arquitecto crítico y preocupado por la conservación. Sostiene que sólo la inmovilidad y la pobreza del país, la dificultad de acceso y la ausencia de vías de comunicación, son la causa de que se mantenga en pie este arte popular, a diferencia de lo que ocurre en otras naciones.

A modo de conclusión cabe señalar que a Torres Campos y Torres Balbás les separa tanto como les une. Entre la Geografía y la Arquitectura, que son las pasiones de ambos, se establecen lazos que las entrecruzan: la historia, la nación, la educación, el progreso, las crisis derivadas de la I y II República, la vocación europeísta... Pero los tiempos vividos por cada uno de ellos son diferentes, y las oportunidades de que habían dispuesto no pueden compararse. Torres Campos vive un duro siglo XIX, quizás en otras circunstancias habría obtenido una cátedra universitaria de geografía, por la que tanto luchó, y habría desarrollado una labor investigadora que tuvo que hacer en otro medio. Torres Balbás, a su vez, vive una convulsa primera mitad del siglo XX, y sin el fracaso de la República habría continuado su labor restauradora, que le hubiera proporcionado el material directo de investigación. También la formación, profesionalidad y recorrido de Torres Balbás le separan de Torres Campos, su capacidad y oportunidades fueron mayores, lo que se debe al esfuerzo de la generación de su padre.



Estudio de Torres Balbás sobre la vivienda popular de 1933 (Archivo Rafael Torres Márquez).